

COLÓN Y SUS CARABELAS EN LA RUTA DEL ORO

Argimiro Ruano

La minoría renacentista denominada 'los Humanistas' pertenece a época inhumana, con feroz belicismo en su entorno. Con todas sus aficiones y dedicaciones líricas, esos clásicos son hijos de circunstancias socioeconómicas brutales. Dice en prosa uno de sus poetas: "las calamidades de nuestros tiempos son muchas y muy graves" (Fray Luis de León). Lo menos que les proporcionó su época fue humanismo, soñando e idealizando sin embargo el de antiguos clásicos.

Leer al Príncipe de los Humanistas es asomarse a la triste toma de conciencia que tenía del hecho. Erasmo se considera contemporáneo de primitiva edad de hierro,¹ y Don Quijote no tardará en zaherir el aspecto férreo que había en el llamado Siglo de Oro: "el oro que tanto se estima en nuestra edad de hierro". Y es que, en realidad, es tiempo de cañones, del tosco metal de la fuerza, de espadas y puñales de acero; metal brutal al servicio de ese otro reluciente, más blando, pero todopoderoso dueño y señor del ser, del tener, en serio o en apariencia. Tener, o conseguir que la gente lo crea es, en palacios, palacetes y casonas hidalgas, razón de existir. Existencialmente, caballero rima con dinero, en efectivo o aparentado.

Si le falta el dinero
casi no es caballero,
y si lo tiene un villano
es de gran lustre;
porque con la riqueza
hoy se adquiere la gloria y la nobleza²

Tener, obtener, retener, son infinitivos vitales en esa coyuntura en que Europa obtiene y retiene sus rutas de ida y vuelta de América.

¹ "Desapacibilidad de nuestros tiempos, verdaderamente de hierro" (Erasmo, *Obras completas*, trad. de Lorenzo Riber, Aguilar, Madrid, 1953).

² Juan de la Cueva, *El infamador* 1, esc. 1.

Con las tres carabelas de 1492 el oro europeo monta su puente transoceánico de madera hasta el oro del otro lado. Oro hacia más oro. Equivale a siete mil dólares el que pone Isabel la Católica a disposición de Colón.³ El soñador sabe leer los ojos de su soberana. Se trata de un préstamo con intereses altísimos del que tendrá que responder a la vuelta. Los ojos de la soberana apostaban a la nueva ruta del Asia, hacia sus sedas y especias. El aventurero, de vuelta, propala una obsesión financiera; que regresa de Asia. Misión cumplida. Crucial aspecto monetario presente en las estipulaciones empresariales en torno a tan famosas carabelas.

En la historia del poder no existió tal cosa sin oro. Es lugar común, y Colón sabe halagar el oído de la monarquía católica “con las sumas inmensas de oro que pronto llevará de las islas encontradas”.⁴ Narraciones que no tienen fin insisten en esa idea fija regio-colombina (Kirpatrick Sales, *The Conquest of Paradise*). Codiciosamente metalizado, en común agitación monetaria castellana y europea, el sueño del oro robotiza al almirante mientras planea y realiza su célebre salto oceánico. Su éxito potenciará al máximo esa codicia generalizada. Minas de oro, indios esclavos, oro a montones.⁵ El neoalmirante logra transformar el sueño personal y ambiental en sueño monárquico, si es que éste, el sueño monárquico, no encuentra en él el instrumento adecuado.

Años después, en 1500, a siete años escasos de caótico desgobernio colonial, le recordarán los reyes sus impulsivas promesas de oro.⁶ El señuelo del oro se ha desplazado de unas Antillas agotadas

³ “Esta cantidad alcanzaría para dar un par de vueltas en derredor del mundo a bordo del SS Reina Elizabeth II.” (Jim Bishop, en *El Mundo*, 22 de febrero de 1978).

⁴ La sagacidad de Colón es patente. La monarquía católica española conseguirá “en el curso de tres años lo que la Cristiandad había intentado durante cuatro siglos y fracasado: la conquista de la Tierra Santa, la recuperación del Santo Sepulcro de las contaminantes manos musulmanas”. Naturalmente, no sin su enorme ambición personal: que se le nombre almirante del mar Océano. No es poco significativo su recuerdo, años después, de la reacción de los monarcas, “Vuestras Altezas se rieron” (Luis N. Rivera Pagán, “Reflexiones irreverentes y un almirante perdido”, en *Diálogo*, octubre de 1992, p. 13).

⁵ Rivera Pagán, 1. c.

⁶ “Oro es quizá el sustantivo más repetido en su Diario. De La Española, Colón, tras breve estadía, se arriesga a decir: ‘en ésta hay oro sin cuento(. . .) sus ríos, los más de los cuales traen oro’. Luego remacha triunfalmente: ‘en conclusión(. . .) yo les daré oro cuanto hubieren menester’. Los reyes recordarán esa solemne promesa en 1500. El almirante sería entonces desalojado sin mucho protocolo de sus ilusas pretensiones de poder. Colón llega incluso a sacralizar el oro. En su cuarto viaje, perdido en Jamaica, rechazado por nativos y españoles, asegurará que ha encontrado en Veragua, provincia del actual Panamá, los yacimientos más fabulosos de oro. Corrige

hacia tierra firme. Transcurridos los primeros viajes eufóricos de ida y vuelta al nuevo mundo, se han vuelto más y más incosteables a causa de que las tripulaciones se niegan a trabajar por simple paga; exigen participar en las ganancias del oro que fluye. Es por lo que las expediciones van pasando a la fase de contrato y privatización empresariales.

Sin embargo, no vamos a entretenernos con tanto oro a bordo de los galeones. Vamos a referirnos al oro de la imaginación y del deseo; a la literatura de la codicia correspondiente al carabelismo descubridor; a esa constancia que el continente descubridor ha dejado en su literatura de su apetito desenfrenado de oro. No sólo deforesta la Península descubridora multiplicando barcos que vayan a buscarlo y a defenderlo, sino que en las hojas de sus libros archiva para la posteridad toda una sociología de la codicia.

1. Literatura castellana del oro

Alejo Venegas del Busto deriva cuatro defectos de uno fundamental en el español. El fundamental es su apetito desordenado de honra. El español no estudia, no trabaja, pero no desiste de aparentar en vestido o en escudos blasonados.⁷ La codicia lo arropa todo socialmente, de arriba abajo. Como bestias metalizadas ve Espinel a los arrieros,⁸ víctimas a su vez de los temibles salteadores.⁹ Sin tener no hay modo de sostener, y la lucha por el equilibrio competitivo entre esos dos verbos, velada o descarada, está generalizada. “En este tiempo, en el cual en materia de linaje hay tantas opiniones como mezclas en España, y aun en el mundo, no hay sino dos linajes: el uno se llama tener, y el otro, no tener”.¹⁰ Se desahoga Cervantes:

su creencia del primer viaje y ubica ahora las minas del rey Salomón en Veragua (. . .). Añade: ‘el oro es excelentísimo; del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega a que echa las ánimas al Paraíso’ (En Rivera Pagán, l.c., pp. 13-14). Convertido en misas, limosnas y demás, libera del fuego del purgatorio y Dios sabe si del infierno.

⁷ “De este vicio nació un refrán castellano que en ninguna lengua del mundo se halla, ‘dame dinero y no consejo’” (Alejo Venegas, *Agonía del tránsito de la muerte*, Toledo, 1537).

⁸ Vicente Espinel, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, lib.1, Descanso X.

⁹ Los salteadores de caminos en Francia son el terror de los viajeros españoles, y Tomás Moro (*Utopía*, primera parte) denuncia en Inglaterra ese mal endémico del latrocinio y asalto criminales.

¹⁰ López de Ubeda, *La Pícaro Justina*, edic., de Ángel Valbuena Prat, *La novela pícaroesca española*, Aguilar, 1962, p. 796.

Ya la ruindad y la malicia,
la miseria y la codicia
reina sólo entre esta gente.¹¹

Para Isabel la Católica, o para Felipe II, más rico que ella, el oro es monárquico, sin que las naciones rivales de Castilla dejen de tenerlo como aliado.¹² Todo el oro del mundo es poco, escribe Moro en su *Utopía*, para sostener el nuevo sistema de soldadesca a sueldo, carne de cañón a merced de quien pueda pagarla. Y como los otros soldados, también el español, mercenario de oportunidades en ambos continentes, nuevo y viejo. ¿El mismo Miguel Ángel, desarmado, hastiado de sueldos menores, no estuvo a punto de irse a Constantinopla en busca de más dinero en la corte misma del enemigo de la Cristiandad?

Era natural que en el mayor de los imperios, el de Castilla, con más armas, sonaran más los abusos, sin que significara que las armas de las otras naciones fueran menos abusivas en su menor ruido.¹³ Era natural que por ser Castilla la gran afortunada del momento, fuese por lo mismo la más zaherida por su atesoramiento: “armadas gigantescas que no caben en puerto y debajo de cuyas velas desaparece el mar; abundancia indecible de oro y plata”.¹⁴ En la pluma de Espinel, “inmensa riqueza que envía el mar océano”.¹⁵ Y en la de Fray Luis de León: “el que navega a las Indias de las agujas que lleva, y de los alfileres, y de otras cosas de aqueste jaez, que acá valen poco y los indios las estiman en mucho, traen rico oro y piedras preciosas”.¹⁶ Tanto levanta *Marcos de Obregón* la opulencia de la monarquía castellana americanizada, que “de las migajas que se desperdician de la mesa del príncipe, sobra no sólo para aumentar casas ya comenzadas y grandes, pero para levantarla de muy profundas miserias a lugares altísimos”.¹⁷ Opulencia que esperaba miserias y, en no menor grado, improvisaba y se esfumaba en

¹¹ Pedro de Urdemales, en *Obras completas*, Aguilar 3,533.

¹² Más tarde, paragonando la monarquía francesa con la española, Montesquieu (*Lettres Persannes*, 24) encuentra a la primera más rica, sin contar con las minas de América. El rey francés tiene mayores riquezas, porque las extrae de la vanidad de sus súbditos, más inagotable que las minas.

¹³ Luis Vives *De la concordia y de la discordia Obras completas*, Aguilar, (lib. 3,139) traza un cuadro dantesco del saqueo de Roma con los soldados andrajosos al día siguiente de haberse hartado de robar tesoros de valor incalculable.

¹⁴ Luis Vives *De la insolidaridad de Europa*, 57 Mateo Alemán, o.c., parte 2, lib. 2, cap. 4, recoge el dicho coloquial castellano “ni trato en Indias ni soy Fucar”.

¹⁵ *Marcos de Obregón*, 995.

¹⁶ *La perfecta casada* VI.

¹⁷ O.c., lib. 2, descanso 12.

el vacío.¹⁸ Es indudable que el Becerro de Oro, forma parte del panteón del Siglo de Oro,¹⁹ con su culto registrado en páginas de sus escritores, y en todos los tamaños.

2. Literatura castellana y europea del oro

La literatura continental del período es, representativamente, literatura de la codicia. La horaciana “auri sacra fames” está generalizada, no es sólo española. La codicia es sobre todo italiana,²⁰ veneciana²¹ y genovesa.²² El fulgor del oro relampaguea no menos en Francia. La vajilla de *Gargantua* incluye “un servicio de comedor que estaba valorado en un millón doscientos mil catorce marcos de oro, entre vasos antiguos, grandes platos, grandes jarras, grandes tazas, copas, soperas, candelabros, gavetas, floreros, dulceros, timbales, ramilleteros y otras piezas de vajilla, todas de oro macizo, con pedrería, esmalte y orfebrerías que duplicaban su valor.²³ Primero Boccaccio, después Lutero y Alfonso Valdés zaherían a una Iglesia transformada en oficina de transformar en oro su credo religioso. “Por virtud de las ‘santas’ decretales Roma se lleva sutilmente el oro de Francia”,²⁴ escribía Rabelais.

Los magnates, seculares o de iglesia, viven una fantasía de oro característica de la narrativa caballeresca, no tan carente de realidad

¹⁸ Unamuno (*En torno al casticismo*) recuerda a Fray Prudencio de Sandoval, historiador de Carlos V, observando cómo pasa el oro de América a los traficantes flamencos que llamaban “mi indio” al español.

¹⁹ Cervantes (*La Gitanilla* 779-80), satiriza el oro en torno a templos y liturgias nada evangélicas. Quevedo (*La hora de todos*) bromea: si los cristianos dicen que Dios castigó a las indias por idólatras, los indios decimos que castigó a los españoles por idolatrar a las Indias. No podemos detenernos en las inectivas de los ascetas (San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*, lib. 3, cap. 19), ni en la amplia picaresca (*Guzmán de Alfarache*), o en diatribas como la de H. de Luna en el capítulo 10 de *la Segunda parte del Lazarillo de Tormes*.

²⁰ Espinel, *o.c.*, lib. 3, descanso s 7-9. En materia de crueldad, Italia se lleva la palma; en ellos todo es codicia, y ha habido que llamarlos piratas, “moros blancos” (*Guzmán de Alfarache* 245).

²¹ *Ibid.*, descanso 8.

²² Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*. (edic.B.A.E., p. 246). Dante había ido delante maldiciendo a los genoveses: “¡Ah genoveses, hombres ajenos a toda integridad de costumbres y plagados de todo vicio! ¿Por qué no habéis sido arrojados del universo?” (*Infierno* 33).

²³ Rabelais, *Gargantua y Pantagruel*, lib. 2, cap. 42, ed. E.D.A.F. 1963, “Después abrió sus cofres, hizo contar a cada uno un millón doscientos mil ducados . . .”

²⁴ *Ibid.*, lib. 4,5. Más tarde Montesquieu ridiculiza al Papa, dueño de un país y al frente de tesoros inmensos (*Lettres Persannes*, 29).

como creía Luis Vives.²⁵ “Sancho Panza es personaje ‘real’ en esa literatura que se negaba a caducar, y sueña con su ascenso a caballero-gobernador en no importa qué ínsula (americana). Y caballeresco es Ariosto inflamando ese apetito de opulencia. El castillo de Logistila tiene las murallas de una piedra mucho más preciosa que el diamante y que el rubí; de una piedra completamente desconocida”. Tal es su resplandor, que sobre convertir la noche en día, penetra en el alma patentizando sus secretos.²⁶ El castillo en que se refugia el gigante con Bradamante desmayado sobre sus hombros, está construido con toda clase de mármoles magníficos, con puertas de oro, lechos en que éste deslumbra con la seda, pavimentos y paredes que se pierden entre tapices y alfombras.²⁷ Rugiero se extasía cuando divisa la ciudad-fortaleza a orillas del mar: “véiase a lo lejos una espaciosa muralla formando un vasto círculo que encerraba una vasta extensión de territorio y cuya altura casi llegaba al cielo. Toda ella parecía construida de oro, aunque no falta quien diga que era de alquimia; pero su resplandor era tal, que yo sostendría que era de oro. Sus puertas de oro tenían delante un pórtico tan enriquecido de piedras de Levante, que apenas se divisaba sitio que no las tuviera”.²⁸ ¿La ficción llevaba al oro, o éste a la ficción? Porque la literatura mística más refinada, como es el *Castillo Interior*, se abre invitando a imaginarse el alma como uno de esos castillos caballerescos, todo de oro y diamante.

A imagen y semejanza de esa literatura caballeresca levanta Jorge de Montemayor su templo de Diana. No quita que su arquitecto haya sido la codicia aunque sólo entren en él la fidelidad y la castidad. “Los chapiteles que por encima de los árboles sobrepujaban daban de sí tal resplandor, que parecían hechos de finísimo cristal. Todas (ninfas) venían vestidas de telillas blancas muy delicadas, texidas con plata y oro sutilísimamente, sus guirnaldas y flores sobre los dorados cabellos que sueltos traían. Suntuoso palacio delante del cual estaba una gran plaza enlosada con losas de alabastro y mármol negro, a manera de ajedrez. En medio de ella había una fuente de mármol jaspeado, sobre cuatro grandes leones de bronce. El aposento de la sabia Felicia, muy ricamente aderezada de paños de oro y seda de grandísimo valor. Las ricas mesas eran de fino cedro y los asientos de marfil con paños en brocado; mu-

²⁵ *Obras Completas*, ed., cit. 1003.

²⁶ Ariosto, *Orlando Furioso*, canto 10.

²⁷ *Ibid.*, canto 12.

²⁸ *Ibid.*, canto 6.

chas tazas y copas con los pies y asas de oro; otras de plata y entre ellas engastadas piedras preciosas de grandísimo valor.”²⁹ Oro en circulación y oro ensoñado por los místicos de espaldas al mundo y a la carne. El delirio sanjuanista “nuestro lecho florido, en púrpura tendido, de mil escudos de oro coronado”,³⁰ procede del mundo de sus días, del mundo de sus lecturas, del mundo de sus viajes. Valer y valor, en el mundo, querían decir, invariablemente, oro; y en intimidad con Dios, valer y valor no tenían otro recurso simbólico diferente.

España era Europa, y al revés. El oro americano intensificaba, no inauguraba actitudes. En el Milán español, escribía Cervantes, “no sólo hay oro, sino oros”.³¹ La arquitectura apuntaba a sus orígenes, el oro, y a sus imponentes musculaturas en piedra en honor del oro. Europa entera juega a Vaticanos y a Escoriales, literarios o en efectivo. El Templo de las Leyes, de Luis Vives, no escatima presupuesto. “Descubrí casi todas las clases de mármol, labrado con ingenio más divino que humano; mármol pario, carrariense, lucúleo, mármol verde que llaman de Laconia, el pórvido, que es blando vetado; el ofito, que es de varios colores; el basalto, el ónice, el alabastro...”³² La sede oficial de la Paz, y del Humanismo, es fábrica grandiosa, labrada con sumo primor “para la Ciencia, para las Gracias, para las Musas, para las Artes y para la Virtud”. Opulencia arquitectónica literaria fiel a la palaciega. Francis Bacon, en su utopía científica renacentista, *La Casa de Salomón*, incurre, encandilado, en el esplendor. El esplendor en imaginación no tiene límites. Al contrario, permite “ampliar los límites del imperio humano para hacer posibles todas las cosas”. La carroza de uno de los próceres investigadores es toda de cedro, adornada de cristal, excepto en la parte delantera, donde tiene paneles de zafiro engastado en oro por sus bordes, y en la parte posterior con esmeraldas de color Perú”. “En lo alto, en la mitad, había un sol radiante dorado. También en lo alto, en primer término, se veía un pequeño querubín de oro con alas desplegadas.”³³ Y con la misma magnificencia levanta Campanella su templo al ateísmo en la *Ciudad del Sol*; sobre monte

²⁹ Jorge de Montemayor, *Los siete libros de la Diana*, lib. 4. Un predicador mexicano barroco vinculará tarde el *Castillo Interior* teresiano con la ficción de Montemayor. *Mística Diana, descripción de su nuevo templo* (de Santa Teresa) que erigió el piadoso celo de San Esteban de Molina Mosquera, México, 1684.

³⁰ *Cántico Espiritual*, estrofa 24.

³¹ *Persiles y Segismunda*, lib. 3.19.

³² *Obras Completas*, ed., cit. I, 681-82.

³³ F. Bacon, *La Nueva Atlántida*, Aguilar, 1960, p. 63.

pavimentado con piedras preciosas, alumbrado con siete lámparas de oro con un libro sobre las condiciones atmosféricas escrito con caracteres de oro.

Lo suntuoso, sonado o encontrado, reúne dos formas de poder: poder de imaginación y poder de realización. Oro y poder son, política y socialmente, sinónimos. El poder imperial de España lo es gracias al oro. Nadie ni nada puede sobrepasar el *non plus ultra* de Felipe II, adula Cervantes. “No hay defensas que más presto nos amparen y socorran como las armas del gran Filipo; no hay pasar adelante de su non plus ultra.”³⁴ La moneda regia es soberana en sí misma, oro de la guerra u oro de la paz. Porque, “cosa es llana que hay sosiego do hay dinero”.³⁵ Aunque no está menos claro su doble filo: el del sosiego y el del desasosiego:

...¿a qué pecho no doma la hambre de oro?³⁶

Hambre de oro tenía hasta el Atlántico.

De oro más de cien mil tejos
se sorbió el mar como un huevo
de este peregrino nuevo³⁷

Porque no han de naufragar
siempre las flotas: que alguna
tendrá próspera fortuna
para podérsola dar...³⁸

Peregrino de tan soberbio dinero
que de las Indias nos vino³⁹

Cuatro cofres y seis arcas
puedes desde luego abrir
para echar cuatro mil barras
y aun son pocas las que digo⁴⁰

Las tres modestas carabelas de 1492 habían trazado el corredor para el oro entre ambas orillas y hasta quienes profesan estricta pobreza almacenan oro en la imaginación. La Orden de la Merced

³⁴ *La Gitanilla*, 784. *La Pícara Justina* juega también con inscripción en la moneda de Castilla. “Es el dinero el *plus-ultra* con quien todo crece y pasa adelante. Gustamos las damas que haya pasajeros por nuestra puerta, que no es bueno bodegón donde no cruzan muchos. Pero no es ese el *finis terrae* . . . ” (Lib. 6, cap. 3).

³⁵ Cervantes, *Los Baños de Argel* 1,377.

³⁶ *La Entretenida* 1,458.

³⁷ *Pedro de Urdemales* 3,533. López de Ubeda equivoca Potosí con Putasí surtiendo la celestinesca peninsular (*La Pícara Justina*, lib. 2, cap. 4).

³⁸ *La Entretenida* 2,475.

³⁹ *Ibid.* 470-71.

⁴⁰ *Ibid.*

se apresura a establecer monasterios en el nuevo mundo para allegar recursos en su misión de redimir cautivos en África. Santa Teresa no espera sólo en Dios, sino en los galeones de Indias para salir de apuros fundacionales. Omnipotencia de la oración compartida entre Dios y el oro, que otro hombre de Dios traduce a ironía picaresca; porque si es cierto que el oro endurece, no menos facilita el hecho de poder dar con una mano lo que se ha robado con la otra.⁴¹ Ambivalencias morales que, como en el sexo, campean durante el día y por las noches.

Ariosto, Dante, Lutero, Erasmo, Juan de Valdés, habían denunciado la bestia de la avaricia inquilina del Vaticano, poder espiritual-temporal ambivalente por antonomasia. Y Ariosto anda por Cervantes, quien imita sus espejismos de castillos y alcázares de oro y perlas preciosas en las agrestes soledades españolas.⁴² La caballería andante más refinada incluye el delirio del oro, como no lo excluía el papado andante, o el episcopado andante, nada se diga del cardenalato petulante, del hidalguete andante o de la orgullosa arquitectura de las llamadas Órdenes mendicantes. Es por lo que, en todo ese mundo contradiciéndose, Don Quijote no es pura novela ni está viendo visiones. Tiene la visión de su tiempo. Es caballero de la triste figura en serie. Tiene precursores y coetáneos peninsulares por doquier.

Fernando del Pulgar había dicho del arzobispo de Toledo, don Alfonso Carrillo: “. . . en buscar mineros y tesoros consumió mucho tiempo de su vida, e grand parte de renta, e todo cuanto más podía aver de otras partes dando e gastando en el arte de alquimia, e en buscar mineros e tesoros pensando alcanzar grandes riquezas para las dar e dostrubuir, siempre estaba en continuas necesidades . . . ”.⁴³

⁴¹ Fray Luis de León, *Exposición del libro de Job*, 70. El oro ‘endurece corazones’ (*Ibid.* 20). “La codicia humana reina y tiene señorío entre las penas y riscos del mar y en los corazones duros y campestres” (Cervantes, *Persiles y Segismunda* 1.13. 1556.

⁴² Ahí está, de muestra, su alucinante descripción ariostotiana en el capítulo cincuenta de la Primera Parte del Quijote.

⁴³ Fernando del Pulgar, *Claros Varones*, título 20. Más acá, ya en pleno imperio americano, éste resulta insuficiente para calmar la comezón del oro. Tal como hace historia Juan Cervera Vera. “La búsqueda de tesoros escondidos era cosa frecuente. Se hablaba de ellos en la vida cotidiana y acaso Juan de Herrera encontraba divertido charlar con Juan de Carrión, cabo de escuadra de la querida guardia de Su Majestad, sobre un tema tan apasionante. Quizá Juan Carrión, por su trato con soldados de todas las comarcas españolas, conocía multitud de leyendas acerca de aquellos tesoros con los que todos soñaban, y, dispuesto a probar fortuna, pidió a Su Majestad facultad para buscar tesoros de oro y plata, joyas, dinero y otras cosas que están encubiertas en los montes de la ciudad de Toledo entre las ventas de Peña Aguilera a

Como que América culminaba el mito de la alquimia medieval para una Iglesia y un Estado peninsulares que acarreaban oro en los galeones e, insuficiente, lo imaginaban hasta debajo de la tierra que pisaban. Todo, a tono con la edad moderna en su triple faceta, Renacimiento, descubrimiento de América, Reforma del cristianismo escandaloso, cuyo común denominador es el de transcurrir en tiempo de oro. Nada menos que Juan de Herrera, el arquitecto imperial y no menos devoto místico de Lulio, vive soñando en tesoros ocultos bajo el polvo de la pelada Castilla, credulidad compartida por su monarca. La generación peninsular ‘americana’ no transcurría en discontinuidad con la anterior al descubrimiento. Del obispo de Sevilla, Alfonso de Fonseca, escribe Fernán Pérez del Pulgar: “el sentido de la vista tenía muy ávido e codicioso más que ninguno de los otros sentidos; e siguiendo esta su inclinación, placíale tener piedras preciosas, e perlas, e joyas de oro e de plata, e otras cosas hermosas a la vista”.⁴⁴ En Toledo, en Sevilla, en el resto de la Cristiandad se vive esa aberración de la religión de la Cruz en fragante idolatría del becerro de oro. Para Rabelais no hay papa ni cardenales de verdad, descaradamente teatrales. El erasmiano Alfonso de Valdés percibe en la capital de la Cristiandad la misma fetidez que percibieron Ariosto y Lutero. “Me fui a Roma y, como llegué, estuve tres días tapadas las narices de insoportable hedor que de aquella Roma salía”,⁴⁵ Pero, ¿para qué seguir insistiendo en algo tan obvio como la codicia por el oro en el siglo de oro?

Alguna vez escribió Germán Arciniegas ingeniosamente que el cuento de *El Dorado* es una invención europea traducida al americano por los indios que descubrieron los españoles. En otras palabras, los indios habrían tomado el pelo a los españoles siguiéndoles la manía del oro. “Vinieron los conquistadores a descubrir la mitológica ciudad, toda de oro, y los indios descubrieron lo que

lugar de Molinillo, y media legua alrededor. Concedióle Felipe II, el día 24 de mayo de 1583 la merced solicitada (. . .) con la condición de que la quinta parte de lo hallado fuera para Su Majestad y con tanto que se busquen dentro de doce meses...” (J. Cervera Vera, “Semblanza de Juan de Herrera”, en *El Escorial 1563-1963*, edición Patrimonio Nacional, Madrid, 1963, p. 57). Otra merced, del 30 de julio, se refiere a tesoros que pudieran hallarse en “Santarem, tierra de Huste y en la villa de Orgaz, y una legua alrededor”.

⁴⁴ F. Pérez del Pulgar, *Claros Varones*, 21.

⁴⁵ Alfonso Valdés, *Diálogo de Mercurio y Carón*, Clásicos Castellanos, Madrid, 1947.

pensaban los invasores.” Es precisamente a lo que hemos dedicado las páginas anteriores: a lo que pensaban.

Argimiro Ruano
Departamento de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Mayagüez, Puerto Rico 00681